

" E L S E C R E T O "

Pieza
en
un
acto

de:

Enrique Gajardo V.

p e r s o n a j e s :

JUAN
CRIADA
SEÑORA
CABALLERO

SOLTERONA
ABOGADO
PROFESOR
MOZO

VARIOS

ESCENARIO: Cámara negra. En el centro, con cierta inclinación, un practicable de dos metros de largo por uno de fondo y cuarenta centímetros de alto. En él se ubicarán la casa de la señora y la del profesor. Bastarán dos sillas. Adosados a la izquierda del practicable dos peldaños de veinte centímetros de alto cada uno. En él se ubicará el orador para la escena del cementerio. En el momento en que la acción lo indique se colocarán cuatro sillas en primer plano centro-derecha, para escena del café. Todos los demás elementos de decorado o mobiliario a que se alude, son creados por el actor.

Haces de luz blanca recortados iluminarán cada sector cuando la acción lo indique. Al empezar, oscurecimiento total. Se abre el telón. Se escucha algo así como un vértice musical. Se oye la voz de JUAN. Un reflector que lo seguirá en el transcurso de la obra comienza a caer blandamente sobre él.

---000---

JUAN.- (SE ESCUCHA SOLO SU VOZ) ¡Por favor, acomódense de una vez; ¡Scht; ¡Silencio; ¡Silencio, por favor y escúchenme; Escúchenme, que tengo algo que decirles; Algo urgente y breve. No dispongo de mucho tiempo. Ustedes no saben cuán difícil me ha sido llegar hasta aquí. Además deben comprender que un muerto no puede hablar siempre... (EN ESTE MOMENTO SE VE A JUAN CONFUNDIDO ENTRE LOS PLIEGUES DE LA CORTINA) Sí, he dicho un muerto. No, no se asusten, no es nada de extraño. También la mía es una condición natural. La gente piensa que para nosotros todo ha terminado... Pero no es así... ¡Oh, perdonen!... No deseo aburrirles. El hecho es que a menudo me sorprendo razonando conmigo mismo sobre mi nueva condición... Porque he muerto hace poco, ¿saben?

Ustedes se preguntarán por qué quiero hablarles, qué cosa es la que tengo que decirles, cuál es la razón de mi urgencia... Cuando sepan lo que ha pasado después de mi muerte, ustedes comprenderán... Por lo demás, espero que haya algún amigo aquí, esta noche. Alguno de los pocos amigos que tenía cuando estaba vivo. ¿Hay ahí alguno que se acuerde todavía de mí? Soy Juan... Juan... (COMPRENDE QUE ES INUTIL SU ANGUSTIA POR IDENTIFICARSE) Perdonen.

Muchos de ustedes son casados, ¿no es cierto? ¿Tienen mujer e hijos...? Lo pregunto para estar seguro de que ustedes me comprenderán; porque yo era un hombre casado, como tantos otros. Con mujer, hijos, una oficina para trabajar y una casa... ¡Oh, nada de especial! Un departamento situado en un viejo edificio de una ciudad provinciana. Mi historia comienza justamente en aquel edificio una tarde del verano último...

(SE APAGA REFLECTOR DE JUAN Y SE ILUMINA PRACTICABLE. LA CRIADA GOLPEA A LA PUERTA)

CRIADA.- (LLAMANDO AGITADA) ¡Señora; ¡Señora; ¡Señora; ¡Me da permiso?

SEÑORA.- (ADORMILADA AUN) ¡Ya va; (AVANZA A LA PUERTA Y ABRIENDO) ¡Eh; ¿Qué pasa? Ya sabes que no quiero que me molesten cuando duermo mi siesta...

CRIADA.- (AGITADA) ¡Ha ocurrido una desgracia terrible, en el piso de arriba; ¡Don Juan... el pobre don Juan ha muerto;

SEÑORA.- (IMPRESIONADA) ¿Qué dices?

CRIADA.- Lo he sabido hace poco. Ya ha venido el doctor, pero demasiado tarde... ¡Una cosa terrible, señora por Dios; ¡Ha muerto de un repente; Parece que fué ataque.

SEÑORA.- Pero, si ni siquiera estaba enfermo...

CRIADA.- Ahí está, pues señora... Nadie lo esperaba. Para qué le cuento cómo andan todos aquí en edificio.

SEÑORA.- ¿Y... cómo, cómo fué?

CRIADA.- Dicen que don Juan y su mujer, la pobre misiá Teresita, recién terminaban de almorzar. El había comido apurado, porque debía volver corriendo a la oficina para terminar un trabajo urgente... Se estaba poniendo la chaqueta y la señora Teresa lo ayudaba, cuando de pronto se puso pálido, trató de afirmarse en cualquier cosa y ¡zas! que cayó al suelo;...

SEÑORA.- ¡Dios mío! ¿Y ha muerto así?

CRIADA.- No, no fué al tiro. Dijo algunas palabras antes. Mientras misiá Teresita --:pobre señora, me da una lástima;- trataba de socorrerlo, la quedó mirando con ojos trastornados y alcanzó a decir: "Teresa, escucha, tengo algo que decirte... tengo algo que decirte..." (PAUSA)

SEÑORA.- ¿Y... luego?

CRIADA.- Nada. Ha muerto.

SEÑORA.- ¡Es terrible! ¡Pobre Teresa! ¡Pobres hijos!... Bien es cierto que los hijos están grandes, pero a pesar de todo es siempre una desgracia... ¡Pronto, pásame una peineta y búscame el chal! Quiero ir a dar el pésame. (EMPIEZA A SACAR SE EL DELANTAL)

CRIADA.- Señora...

SEÑORA.- ¡Y bien! ¡Anda! ¿Qué te quedas haciendo ahí?

CRIADA.- Pensaba sobre lo que don Juan habrá querido decirle a su mujer. ¿Qué cosa sería?

SEÑORA.- Pero, ¡hazme el favor! Será mejor que te

apures y vayas a la cocina a lavar los platos. Yo vuelvo luego. (EMPIEZA A BAJAR LA ESCALA. SE OSCURECE EL SECTOR. REFLECTOR DE JUAN)

JUAN.- Todo sucedió así. Efectivamente morí de un ataque. Nadie se lo esperaba. Luego me hicieron los funerales, naturalmente. Era una pesada y calurosa tarde de Febrero...

SE OYEN ALGUNOS ACORDES FUNEBRES DE ORGANO, MIENTRAS SE APAGA LA LUZ DE JUAN Y LENTAMENTE EMPIEZA A ILUMINARSE EL GRUPO DEL FONDO A LA IZQUIERDA, QUE DA LA ESPALDA AL PUBLICO Y QUE SE SUPONE RODEA LA TUMBA. EL CABALLERO HABLA DANDO LA CARA AL PUBLICO. SE SUPONE EN UN PLANO MAS ELEVADO. LA SOLTERONA Y LA SEÑORA SON LAS ULTIMAS DEL GRUPO, HACIA EL PRIMER PLANO.

CABALLERO.- ... el sollozo que brota de lo más profundo del alma testimonia el dolor que será eterno. Nunca, nunca jamás olvidaremos a nuestro pobre amigo, prematuramente arrancado al afecto de sus seres queridos, de cuantos apreciaban sus preclaras dotes de óptimo esposo, de padre amantísimo, de empleado fiel, de ciudadano integérrimo. ... Y es con el alma llena de angustia que hoy presentamos nuestro postrer saludo al querido Juan, recordando su noble temple de trabajador, su generoso corazón, su elevado intelecto... (CONTINUA DISCURSO, AUNQUE AHORA ININTELIGIBLE PARA EL PUBLICO, CON EL OBJETO DE DESTACAR DIALOGO ENTRE LA SOLTERONA Y LA SEÑORA)

SOLTERONA.- ¡Ah, qué bien habla el caballero; ¡Ahora me explico por qué lo llaman en todos los funerales; Siempre consigue conmovier.

SEÑORA.- ¡Ah, cuando se tiene facilidad de palabra; Por lo demás, el caballero escribe también versos para matrimonios y se desempeña siempre muy bien.

SOLTERONA.- ¡Pero mira cuánta gente; ¿Quién iba a decir que Juan tenía tantos amigos?

SEÑORA.- No, no es éso... Es la impresión producida por su muerte tan repentina que ha despertado mucha compasión por aquella pobre mujer.

SOLTERONA.- (COMPUNGIDA) ¡Oh, sí! Mírala... No ha ce otra cosa que llorar.

SEÑORA.- Sin anteojos no la veo... Y he dejado mis anteojos en casa. ¿Llora de verás?

SOLTERONA.- ¡Ah, sí! Llora mucho.

SEÑORA.- Yo te diré por qué: la imposibilidad de saber lo que su marido quería decirle antes de morir es un gran tormento para ella.

SOLTERONA.- ¡Cómo la comprendo; ¡Pobre Teresa!... Y te diré que yo también me estoy devanando los sesos.

SEÑORA.- ¿Y yo no? ¿Crees que eres la única que quisiera saber? Te diré que todos, pero todos andan intrigados... Se ha corrido la voz como un relámpago... ¿Qué querría decir Juan? Todos se lo preguntan.

SOLTERONA.- Y Juan se ha llevado el secreto a la tumba... ¡Pobrecito!

SEÑORA.- ¡Pobre Teresa, querrás decir!... Es de volverse loca... Siempre con aquella espina en el corazón. ¿Qué habrá querido decir? ¿Qué habrá querido decir?

SOLTERONA.- Daría no sé qué por saberlo.

SEÑORA.- ¿Y yo no? (MALIGNA) Tal vez era una confesión...

SOLTERONA.- ¿La confesión de algún secreto... terrible?

SEÑORA.- ¡Claro! ¿Por qué no? Hay individuos que se deciden a confesar secretos terribles sólo en

el último momento. Conozco casos...

SOLTERONA.- (ATONITA) ¡Oh! ¿Y qué tendría que con
fesar?

SEÑORA.- ¿Quién sabe? ¡Sch! ¡Silencio! Parece
que el caballero ha terminado su discurso. ¡Ahora
bajarán el ataúd!

SUBE LA MUSICA DEL ORGANO, LENTA Y GRAVE, DISOL-
VIENDOSE LUEGO, MIENTRAS SE APAGAN LAS LUCES DE
ESTA ESCENA Y SE ENCIENDE EL REFLECTOR DE JUAN.

JUAN.- Todo el mundo no habló de otra cosa duran-
te días enteros... Este extraño, es decir yo, e-
jercía una singular atracción sobre la gente. Y
casi se indignaban, casi me odiaban, como si les
hubiese defraudado en un derecho... Hablaban de
ello en sus casas, lo comentaban en los corrillos,
en el café, los amigos naturalmente... ¡mis ami-
gos!

BREVES ACORDES DE MUSIQUILLA ALEGRE QUE SIRVA DE
PUENTE PARA LA ENTRADA DE LA ACCION EN EL CAFE. SE
DA LA LUZ MIENTRAS SE APAGA REFLECTOR DE JUAN.

CABALLERO.- (GOLPEANDO LAS MANOS) ¡Mozo! ¡Oiga
mozo!

MOZO.- (ACERCÁNDOSE) ¿Señor?

CABALLERO.- Otros cuatro café helados con crema...

ABOGADO.- Yo preferiría una cerveza, caballero...

CABALLERO.- Como usted guste, mi distinguido abo-
gado. (AL MOZO) Cerveza para el señor y café hela
do para las señoras y para mí.

MOZO.- Bien, señor. (RETIRA LOS IMAGINARIOS VASOS
DESOCUPADOS EN SU BANDEJA Y SALE)

SEÑORA.- Pero por qué se molesta, caballero... No
vale la pena.

SOLTERONA.- No quisiéramos parecer importunas.

CABALLERO.- ¡Por favor; ¡Por el placer del encuentro; Desde el momento en que ustedes nos honran con su presencia... ¿No es verdad, ilustre abogado?

ABOGADO.- ¡Ya lo creo;

SEÑORA.- (SOSEGADAMENTE) Generalmente no frecuentamos el café... Pero ahora hemos entrado porque hacía tanto calor y era necesario beber algo. (COM PUNGIDA) Hemos ido a ver a la viuda del pobre Juan.

CABALLERO.- (GRAVE) ¡Pobrecita; ¡Quién sabe cuánto sufre;

SOLTERONA.- ¡Ah, sí; Pero es una mujer extraña. Fíjense que ha dejado el sombrero del marido colgado en la percha como si fuera a volver.

CABALLERO.- La comprendo... Su marido era un hombre excelente.

SEÑORA.- Un hombre como hay pocos. Serio, honrado, trabajador... Y usted, caballero, ha encontrado las palabras adecuadas para recordarle dignamente.

CABALLERO.- (CON FALSA MODESTIA) ¡Por favor; Unas palabras brotadas del corazón, sin pretensiones.

SEÑORA.- No diga éso... Rara vez he oído un discurso más conmovedor. Ni siquiera cuando murió mi marido que era jefe de correos... ¿Te acuerdas?

SOLTERONA.- Claro que me acuerdo... Si estuvo hasta la banda de bomberos... Recuerdo que tocaba una marcha fúnebre que hacía dar escalofríos.

CABALLERO.- Mientras que nuestro pobre y querido Juan, sin mayor aspavientos... en silencio. Y podemos decir "en silencio" verdaderamente, porque ni siquiera alcanzó a hablar... A propósito, mi

dilecto amigo el abogado me decía que nuestro querido desaparecido no ha dejado testamento...

SOLTERONA.- ¡¿No ha dejado testamento? ¡ ¿Y cómo hizo para saberlo?

SEÑORA.- ¡Si no lo sabe él que es abogado!

ABOGADO.- ¡Oh, no! Mi calidad legal no tiene nada que ver en este caso. Yo lo he sabido -confidencialmente-, por algunos de sus íntimos. El pobre Juan no había previsto nunca esta formalidad.

CABALLERO.- (CON TONO DE SUPERIORIDAD) Es una grave negligencia, permítanme decirlo.

SOLTERONA.- (SUBITAMENTE) Y no podría ser, digo yo, que en el último momento hubiese querido comunicar a su mujer su última voluntad? Esto explicaría todo, ¿no?

ABOGADO.- Es probable.

SEÑORA.- Yo diría que es cierto. ¿De qué se preocupa uno si muere, si no es de aquello que deja?

SOLTERONA.- (INTERESADA) ¿Ha dejado mucho?

SEÑORA.- No me parece que haya tenido gran situación.

ABOGADO.- ¡Vaya, vaya! Eso es relativo... Con las voces que corren... (VUELVE EL MOZO CON EL PEDIDO Y SE INTERRUMPE BREVEMENTE LA CONVERSACION)

MOZO.- El café halado... para las señoras... (COLOCANDO LOS VASOS)

SOLTERONA.- Señorita, por favor...

MOZO.- Perdón... Otro para el señor... y la cerveza... para el señor. ¿Alguna otra cosita?

CABALLERO.- No, gracias. (EL MOZO SE VA)

SOLTERONA.- Decía usted "con las voces que corren"
...

SEÑORA.- ¿Qué voces?

ABOGADO.- (EVASIVAMENTE) Alguién ha expresado la
duda... Pero no sé si pueda decirlo...

SEÑORA.- Diga, diga, Por algo estamos entre perso-
nas de confianza.

ABOGADO.- Bueno, alguien ha expresado la duda de
que la contabilidad de nuestro pobre amigo, en la
empresa de que era empleado, no estuviese del todo
clara y sin mancha...

SOLTERONA.- (SORPRENDIDA E INDIGNADA) ¿Quieren de-
cir que robaba?

CABALLERO.- (SOSEGADAMENTE) ¡Bah, bah, eso es tal
vez demasiado!... Pero es cierto que... en suma...

SEÑORA.- (HIPOCRITAMENTE) ¡Pobre Juan! Porque ha-
bía logrado hacer algunas economías se le echan en
cima y le gritan ¡ladrón! ¡ladrón! (CON UN SUSPIRO)
¡Oh, Dios mío! Ciertamente que no se pueden hacer econo-
mías hoy en día... ¡Y un contador que ha podido
construirse un chalet!...

SOLTERONA.- Bueno, no es precisamente un chalet...
Apenas una casita con una pequeña huerta y un jar-
dincito...

SEÑORA.- VIVAZ) ¿Y te parece poco? Con el precio a
que están las construcciones... (ALGO RESENTIDA)
Por lo demás, debo confesar que muchas veces me he
dicho a mí misma que esta riqueza improvisada no
era clara.

SOLTERONA.- ¡Pero no era rico!

SEÑORA.- (RESENTIDA) ¿Y qué sabes de eso? Podría
ser que fuese avaro y por eso no demostrase tener
dinero. ¿No le parece, abogado?

ABOGADO.- Muy justo. Y lo prueba el hecho de que no venía nunca al café... Como si tuviese miedo de gastar unos pesos en una bebida.

CABALLERO.- El pobre Juan iba a pescar.

SEÑORA.- ¡Ahí está; ¡La pesca; El placer de los avaros. Con un anzuelo, una lienza y cuatro gusanos, se divertía. ¡¡Tacaño!!

SOLTERONA.- Tal vez iba a pescar porque le gustaba la soledad.

CABALLERO.- (RIE) ¡Ja, ja...! ¡La soledad; Lástima que no estamos entre hombres, porque de otro modo...

SEÑORA.- (INTERESADA) ¿Qué hay? ¿Qué hay?

CABALLERO.- ¡Bah, nada;... Nonsé si debería... Tratándose de una historia más bien delicada.

SOLTERONA.- ¿Muy delicada? Mire que yo soy señorita...

ABOGADO.- Lo sabemos, lo sabemos...

SEÑORA.- (DECIDIDA) ¡adelante, caballero; Ahora se oyen tantas cosas que también las señoritas... ¡Bah; Y tú, cállate.

CABALLERO.- ¿Cómo poder decir?... Después de todo, también él era hombre.

SEÑORA.- (VIVA) ¿Tenía una amante?

CABALLERO.- ¡No he dicho eso;...

SEÑORA.- (INSINUENTE) Pero se dice... se dice...

CABALLERO.- ¡Ah, sí; Alguien notó en un tiempo cierta asiduidad suya por una señora de... ejem... ejem... ejem...

SEÑORA.- (ESCANDALIZADA) ¡Santo cielo! ¡Qué barbaridad! No tenía en realidad tipo de aventurero.

ABOGADO.- Estimada señora, los hombres no llevan escrito sobre la frente lo que son y lo que no son. Por eso es tan difícil juzgarlos...

SOLTERONA.- ¡Ah, estoy muy feliz de no haberme casado y eso que no me faltaron oportunidades!... Me nos mal. ¡Mejor soltera que engañada!... (OTRO TONO DE IMPROVISO) ¡Oh, ahora lo comprendo todo!

SEÑORA.- ¿Qué es lo que comprendes tú?

SOLTERONA.- (TRIUNFANTE) Es claro... Aquella última tentativa de hablarle a su mujer, se debía a la necesidad de confesarle su culpa... ¡Ese era todo su secreto! ¿Qué me dicen?

CABALLERO.- No, no es posible...

SEÑORA.- (HIPOCRITA) ¡Dios mío! ¡Quién lo hubiera dicho! Parecía ser una persona tan buena. Y en vez de eso...

ABOGADO.- (INSINUANTE) ¡Ah, en vez de eso, robaba!

CABALLERO.- ¡Traicionaba a su mujer!

SEÑORA.- Y se iba al río a pescar para no gastar en nada. ¡Tacaño! (ALTIVA) Por lo demás debo confesar que a mí me gustaba poco aquel hombre ... Ahora se ha muerto y que su alma descanse en paz. Pero recuerdo que más de una vez tuve discusiones con él. Era por culpa de su perro que venía siempre a ensuciar mi puerta... Y me atrevió a decir que he dado pruebas de tener mucha paciencia... Yo...

SOLTERONA.- (TIMIDA) Pero es bien seguro que...

SEÑORA.- (AGRESIVA) ¿Por qué? ¿Querías saber más? Por otra parte la prueba de la culpa está en el secreto que guardaba y que en el último momento quiso confesar a su mujer... Y... y cuando uno tiene secretos

secretos que quiere confesar, quiere decir que la conciencia no está tranquila...

ABOGADO.- (CON MUCHA CALMA) Mi querida señorita, la vida de cada uno de nosotros está llena de mil subterfugios, de mil engaños que nos hacemos a nosotros mismos antes que a los demás, ¿Quién puede decir que conoce la verdad porque conoce la suya propia? También Juan tenía su secreto...

SOLTERONA.- Pero estas acusaciones son muy graves ...

SEÑORA.- ¡Scht!... ¡Déjate de tonterías que se me ha ocurrido una idea!

SOLTERONA.- ¿Qué idea?

SEÑORA.- A propósito del secreto de Juan, ¿no? (CON VIVACIDAD) Acabaremos por saberlo todo.

CABALLERO.- ¡Sería magnífico! Pero, ¿de qué modo?

SEÑORA.- Lo interrogaremos.

CABALLERO.- (ESTUPEFACTO) ¿Cómo? ¡!!!¿¿¿Cómo???¡!!!

SOLTERONA.- (SORPRENDIDA) ¡¡Ay, pero cómo puedes interrogar a un muerto!?

ABOGADO.- Comprendo... ¡Una sesión de espiritismo!

SEÑORA.- Bravo, abogado... ¡Así es exactamente! Una sesión de espiritismo en mi casa. Y hasta conozco la persona que podría ayudarnos... Un viejo profesor de clarinete que vive en mi calle. He sabido que él es medium y de vez en cuando organiza sesiones para la gente que se interesa por estas cosas...

CABALLERO.- Pero, de veras, ¿habla con los espíritus?

SEÑORA.- ¿Los hace hablar. Yo no lo he visto nunca. Pero me han dicho que hace hablar hasta a los padres de la patria. Hay mucha gente importante, políticos sobre todo, que a través de él escuchan las palabras de Portales, Balmaceda y hasta del mismísimo Arturo Alessandri...

ABOGADO.- Bueno, ¿y qué cuesta hacer la prueba, digo yo?

SOLTERONA.- ¡Yo no iré! Los espíritus me dan miedo ...

CABALLERO.- (CON SEVERIDAD) ¡Qué miedo ni que miedo; En el interés de la verdad no es necesario sentir miedo;... Juan debe decirnos de modo claro y preciso cual era su secreto, qué confesión iba a hacer a su mujer... Entendámonos, aún en su propio interés.

ABOGADO.- Más que nada en su propio interés. Porque de día en día las voces se hacen más insistentes y...

SEÑORA.- (HIPOCRITA) Se entiende. Si usamos este medio lo hacemos por el bien de Juan.

CABALLERO.- ¡Sin lugar a dudas; ¡Es preciso desentrañar el misterio; Y pensar que he debido hacer su elogio fúnebre. ¡Ah, los hombres; ¡Los hombres; (GOLPEA CON LAS MANOS Y LLAMA) ¡Mozo; ¡Mozo!

(LA LUZ SE APAGA BRUSCAMENTE. EMPIEZA A ENCENDERSE LENTAMENTE EL REFLECTOR DE JUAN)

JUAN.- (TRISTE, DESCONSOLADO) ¿Han oído? (AMARGO) Quieren saber. A toda costa. Y hurgan, hurgan sin freno, sin compasión, en mi vida... En mi vida. ¡Oh, ya se sabe; La vida de un hombre es lo que es. Hay un poco de bueno y un poco de malo. La mía no era diferente. Pero no pueden llegar a juzgar así, simplemente, basándose en las apariencias. ¡Es cruel; ¡Es injusto; ¡Y además es ilógico; ¡Seguro; Es como si se tratase de reconstruir el retrato de

un desconocido basándose en una fotografía instantánea. Una instantánea no puede ser un retrato fiel. ¿No están ustedes de acuerdo? (CON AMARGURA) Y ellos hablan, hablan... ¿por qué los hombres tienen tan poca piedad para sus semejantes? (DE PRISA CON ANGUSTIA) Quiero decirles una cosa. Quizás podrán comprender mejor.

Una vez, hace ya muchos años perdí a mi padre. Quería mucho a mi padre. Cuando quedé solo en la casa, en la casa vacía, comencé a abrir los cajones de sus muebles. La cómoda, el escritorio, la biblioteca. Los cajones donde tenía sus cosas... Dentro había de todo. Todavía con su calor. Y bien, había apenas comenzado a examinar aquellas cosas que habían sido suyas, cuando me cogió... no sé... una especie de miedo... "Y si encontrase algo que lo disminuya ante mis ojos"... pensaba. ¿Quién sabe? Alguna cosa que me revelase un aspecto imprevisto, ignorado de la vida de mi padre. Un lado secreto que él tal vez había sustraído siempre celosamente a mi curiosidad... Porque siempre en la vida de cada uno de nosotros hay alguna cosa que se tiene escondida... Quizás alguna debilidad inocente, pero nuestra solamente, nuestra... (PAUSA) Pues bien, no logré abrir más aquellos cajones. Dejé esta tarea a los hermanos de mi padre. Yo no quería ver nada. Y cuando me entregaron las cartas de amor que mi padre le había escrito a mi madre, pensando halagarme para que las leyese, yo sin siquiera abrirlas, las quemé... (ANGUSTIADO) Y ahora aquella gente se ensaña contra mí, y hurga, hurga... ¿Yo no quiero; ¿No quiero; (FEBRIL) ¿No saben lo que sucede ahora? ¿En este momento? Aquella vieja chismosa va corriendo donde el profesor... aquél de la sesión de espiritismo... Camina, sube la escalera... hela aquí...

LA SEÑORA INICIA LA ACCION CUANDO LAS PALABRAS DE JUAN LO INDICAN. UN REFLECTOR ILUMINA EL PRACTICABLE. LA LUZ DE JUAN SE CORTA BRUSCAMENTE. AL TERMINAR SUS PALABRAS SUENA EXACTAMENTE EL TIMBRE ELECTRICO QUE OPRIME LA SEÑORA. EL PROFESOR ACUDE A ABRIR. ES UN HOMBRE BONACHON DE UNOS SESENTA AÑOS.

SEÑORA.- Buenas tardes, profesor... ¿Se acuerda de mí?

PROFESOR.- (CON AMABILIDAD) Claro, claro, señora... Tenga la bondad de pasar... Tome asiento. (CIERRA LA PUERTA) ¿A qué debo el honor?

SEÑORA.- Bueno, profesor... He oído decir que usted a veces organiza sesiones espiritistas para la gente apasionada por estas cosas...

PROFESOR.- Cada uno se las arregla como puede, señora... Ahora que nadie toma ya lecciones de clarinete -la música está muy descuidada hoy en día-, yo trato de redondear mi modesto presupuesto poniendo en contacto el mundo de la materia con el del espíritu...

SEÑORA.- Una nobilísima iniciativa...

PROFESOR.- (DEFENDIÉNDOSE) ¡Oh; Yo soy un simple intermediario.

SEÑORA.- Me han dicho que usted ha hecho hablar a Balmaceda, Portales y hasta a los mismos padres de la patria.

PROFESOR.- Verdaderamente, señora, todos ellos me han hecho hablar a mí. Como ya le dije, soy yo un simple intermediario, un instrumento...

SEÑORA.- Interesante, muy interesante... ¿Y puede llamarlos cuando quiere?

PROFESOR.- Se presentan bastante a menudo. Son espíritus muy gentiles. Tal vez ahora mismo están desocupados... ¿Quiere escuchar a alguno?

SEÑORA.- No, no, no, los políticos no me interesan... Más bien... Mire, quisiera que usted nos pusiese a mí y a algunos amigos en contacto con un amigo muerto recientemente. Debemos interrogarlo para preguntarle cosas de gran importancia..

PROFESOR.- (DUDOSO) ¿De gran importancia para quién?

SEÑORA.- Para todos... Para todos... Para nosotros y para él...

PROFESOR.- (ESCEPTICO) ¿Para él?

SEÑORA.- ¡Naturalmente! ¿Por qué lo duda?

PROFESOR.- Mi querida señora, nunca he oído decir que existan cosas que los muertos consideren de gran importancia...

SEÑORA.- ¡Ah, comprendo! Usted exagera las dificultades para aumentar sus honorarios... Pero no tenga miedo. Estamos dispuestos a pagar lo que usted quiera. Diga no más la cifra.

PROFESOR.- No me he explicado bien. He dicho que no hay cosas importantes para los muertos.

SEÑORA.- (RESENTIDA) Y yo, en cambio, le digo que sí. Y lo sé bien.

PROFESOR.- En ese caso, ¿por qué no lo hace hablar usted?

SEÑORA.- (OFENDIDA) ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Rehusa ayudarme?

PROFESOR.- Me veo obligado. Mire, yo prefiero no perturbar a los muertos contemporáneos. Me parecería cometer una acción incorrecta... Quién se ha ido de aquí y ha cerrado la puerta a sus espaldas no agradece que alguien trate de forzar el silencio... Ellos no desean otra cosa que descansar en paz...

SEÑORA.- (OFENDIDA) ¡Y, sin embargo, usted obliga a hablar al propio Presidente Balmaceda...

PROFESOR.- Señora, lo que el Presidente Balmaceda, Portales o los padres de la patria digan por intermedio mío está ya escrito en sus obras. La gente no tiene deseos ni tiempo de leerlos o de releerlos... Yo trato de cumplir esta modesta labor de mediación que contenta a todos y me permite vivir.

... Además, la Historia de Chile me fascina, señora...

SEÑORA.- (IRRITADA) Entonces, ¿no es verdad que usted hace hablar a los muertos? ¿Nada es verdad?...

PROFESOR.- (CON CALMA Y PONIENDOSE DE PIE) Los muertos no hablan, señora. O, por lo menos, no soy yo quién los hace hablar.

SEÑORA.- (ABRIENDO LA PUERTA, IRRITADA) ¡Embrollón; ¡Charlatán; ¡Embaucador; (PORTAZO VIOLENTO Y SE APAGA BRUSCAMENTE EL REFLECTOR. SE DA LA LUZ DE JUAN)

JUAN.- (DESCONSOLADO) Ustedes se imaginan que con ésto ya puedo estar tranquilo, ¿no es cierto? Mi secreto ya no puede ser violado... Sin embargo, yo quiero confesar, yo debo confesar... No, no es un pecado como ustedes se imaginan. Se trata precisamente de lo que quería decir a mi mujer en el último momento.

El día en que el médico me dijo que estaba enfermo y no tenía remedio, no tuve valor de decírselo a Teresa para no asustarla... Simulé que no pasaba nada. "Cuidado", me decía el médico, "tranquilidad, reposo, vida moderada... ningún exceso..." (RIE DE BILMENTE) ¡Como si fuese posible para el que trabaja; Había contraído el compromiso de un trabajo para pagar las últimas cuotas de la casita para nuestra vejez... Hacíamos proyectos de lo que íbamos a plantar en el huerto... Y no iba al café, no bebía, no fumaba para ahorrar... Y trabajaba, trabajaba... Me parecía estar amarrado a una máquina... Pero no decía nada, para no asustarla.

Hasta que un día me sentí mal en la oficina.

... La idea de la muerte me obsesionaba... Era preciso pagar la última cuota... Una noche, en la mesa, después de comer, le tomé la mano y le dije: "Teresa, quiero decirte adiós". Ella me miró... No comprendía... Se echó a reír. Creyó que bromeaba.

Y yo... (MELANCOLICO) Tuve miedo de hablar. Era difícil hacerlo porque tememos siempre ser mal entendidos. Y, sin embargo, las palabras estaban allí, encerradas en mi corazón... (FONDO MUSICAL TIERNISIMO).

"Teresa, mujer mía, querida... tal vez moriré luego. Pero antes, quiero decirte adiós y quiero darte las gracias por lo bien que me has querido, gracias por los años que hemos vivido juntos... Gracias, amor mío... Yo también te he querido y te pido perdón si alguna vez no he sabido demostrártelo o lo he olvidado..." (PAUSA)

Esas eran las palabras. No supe encontrar nunca el momento para decirlas. Y cuando en aquella sofocante tarde de Febrero sentí que me faltaban las fuerzas y la muerte se acercaba, me aferré a mi mujer con desesperación, para robarle a la vida un instante tan sólo, el tiempo para decirle adiós... Pero la muerte me llevó muy de prisa... ¡muy de prisa! (ANGUSTIADO) El error más grande ha sido creer que la vida me dejaría tiempo para hablar "después"...

Esto quería decirles. No mantengan encerradas en sus corazones las palabras de amor para aquellos que viven cerca de ustedes. Palabras de amor, de gratitud, de solidaridad, de simpatía, de perdón, de piedad... (EMPIEZA A PERDERSE) No mantengan encerrado en ustedes lo mejor de ustedes mismos, creyendo que van a vivir miles de años. (EMPIEZA A DECRECER LA LUZ) Recuérdenlo: antes que sea demasiado tarde. Antes que sea demasiado tarde. (OSCURECIMIENTO. SOLO LA VOZ COMO PERDIENDOSE) Antes que sea demasiado tarde.

T E L O N

XXXXXXXXXXO OXXXXXXXXXX